

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUCIGALPA: 15 DE NOVIEMBRE DE 1901

NUM. 8

Fantasías del Crepúsculo

II

EL VIAJE VISIONARIO

Y vi el ancho mar polifono, constelado de rosas de espuma, en la gloria de la tarde. Ráfagas salobres acariciaron mi frente. Y mi pensamiento se volvió grave ante los dos infinitos azules. Entonces se llenó mi espíritu de extrañas músicas y mi corazón de negras nostalgias. Y me embarqué en el bajel del ensueño, con rumbo á las costas remotas.

En la mitad del viaje me detuve deslumbrado. Sobre una extensa gradación de mármoles alzábase un palacio inaudito, de oro y de marfil, coronado de alegorías emblemáticas y de rosetones espléndidos. Por mil ventanas de formas sorprendentes penetraba en él la intensa luz solar, y sobre su enorme bóveda central erguíase, como una maravilla imponderable, una torre aérea, blanca y grácil, bajo el cielo azulado. Creíme ante una basílica fastuosa de atrevidas ornamentaciones arquitectónicas, de graciosas columnas y ligeros arabescos; ante una bella catedral antigua, obra de milagro y de fe, levantada sobre la roca estéril como un inmortal monumento, que atraería sobre su grandiosa hermosura la mirada de asombro de los siglos. Cien campanas de plata pendían de sus alturas; pero sus lenguas estaban inmóviles, esperando la hora de hablar su lenguaje sonoro.

Penetré por el pórtico magnífico y mis pasos resonaron sobre el pavimento con rumores insólitos. Luego se presentó á mis ojos un amplio jardín, poblado de laureles. Erguían sus ramajes los árboles simbólicos á lo largo de las solitarias avenidas; y sus hojas de un verdor profundo,

sin movimiento en el aire luminoso, simulaban agudas láminas metálicas.

Atravesé una alta galería y llegué á un paraje melancólico. Era una plácida selva, cubierta de extraños arbustos y de flores ideales. El crepúsculo había muerto. La luna derramaba sus lumbres serenas y el cielo mostraba su límpido espejo de zafiro. La noche tenía una palidez láctea y un polvillo plateado parecía flotar en el aire. Bajo las enredaderas veíanse espesos manchones de sombra, que iluminaban, con una claridad indecisa, fugaces constelaciones de luciérnagas. Reinaba un profundo silencio. Pasaba sobre todas las cosas inmóviles el alma solemne de la noche.

Acerquéme á un estanque circundado de céspedes amarillos; y vi flotar los nenúfares sobre las muertas aguas azules. De entre sus anchas hojas surgían las flores, de una blancura fulgurante bajo la pálida gloria lunar. Yo venía de un país remoto, llevado por las alas de un viento errabundo. Yo iba hacia una tierra florida, buscando la embriaguez de los hondos perfumes, la luz de los pensamientos diamantinos y la música suprema de los versos lapidarios. Y me encontraba allí, peregrino del ensueño, lanzado en las regiones del prodigio. En aquel lugar de melancolía oí por vez primera el cauto de los ruiseñores. Y las canciones de los pájaros musicales aumentaron mi nostalgia de melodías estupendas. Admiré los cisnes de gráciles cuellos armoniosos y de plumajes de alabastro. Ví volar sobre mi cabeza mil palomas nevadas, y entre ellas miré revolver los flamencos, semejando con sus alas purpúreas, grandes flores que abrieran en el aire sus pétalos de sangre entre una lluvia de azucenas. Allí admiré los lirios azules y los tristes asfodelos y el loto de cáliz milagroso.

Viví siglos de meditación en una noche. Y en medio de la suprema calma exterior pasaron por mi espíritu huracanes de aromas y de melodías.

Súbitamente, en un claro de luna, ví surgir de la tierra dos esqueletos. Enlazaron sus brazos y pusieronse á bailar. Yo escuchaba atónito el áspero crujido de sus osamentas, y sus risas lastimosas hirieron usis oídos como con puñales invisibles. Danzaban gravemente, como guiados por el lúgubre ritmo de una música de ultratumba. Encogíanse sus armazones, rechinando al estrecharse. Después continuaban erguidos, moviéndose horriblemente, los míseros esqueletos. El más pequeño fijó su amarilla calavera sobre el hombro pelado de su pareja, quien la miraba con sus cuencas vacuas, llenas de claridades fosfóricas, como si hubiesen ido á refugiarse en ellas dos fuegos fatuos. Poco á poco sus movimientos hicieronse más libres, adquiriendo rapidices inauditas, hasta convertirse en carreras vertiginosas en fugas relampagueantes. Sus sombras se separaban y luego volvían á confundirse. Rápidas y apenas visibles, bailaban también sobre la árida tierra.....

Cerré los ojos ante el hórrido espectáculo macabro, y al abrirlos de nuevo halléme en una estancia solitaria, de altas naves sonoras, espléndidamente iluminadas. Trémulo de admiración y de asombro, ví en aquel recinto las obras maestras de los escultores inmortales: las vírgenes desnudas y castas, los grupos alegóricos, las Venus legendarias. Ví la gloria de los bronceos florentinos y la apoteosis del mármol en las esculturas de Miguel Angel; y las formidables figuras hieráticas de los trágicos hombres de la Historia. Admiré en seguida los cuadros de los pintores excelsos, los lienzos sagrados que los siglos recogen para causar con ellos mudos deslumbramientos en las generaciones futuras. Gocé del prodigio eternizado en las telas del divino Leonardo de Vinci.

De improviso mis oídos empezaron á vivir. Cascadas de sonidos milagrosos esparciáanse por el aire, llenando mi alma de una dulce tristeza. Sufría, y al mismo tiempo gozaba de un placer inefable. En mi tímpano sonaban las notas de cris-

tal, mortales y deliciosas, encantadoras y dolientes. Luego oí el pavoroso estruendo de mil músicas en una sola tempestad de armonías. Entre roncossones subterráneos parecíame oír los gritos agudos y vibrantes de cien clarines de oro, confundidos con el monótono clamor de las campanas, cuyas lenguas argentinas parecían cantar un himno de gloria extraterrestre. El pavimento tembló y la vasta bóveda pareció que iba á abrirse en dos pedazos. Sentí correr por mis venas una sangre cálida y extraña, como si hubiese bebido de un licor encantado, de un vino divino de amor y de gracia. Y cruzó fugitiva por mi espíritu el alma de los poetas muertos; y ví pasar sobre un lago ilusorio, en un esquife conducido por un cisne, al blondo caballero Lohengrín.....

Después quedé prisionero del silencio y de las sombras. Encontré en las nieblas mi bajel fantástico y un viento errabundo infló sus velas de seda.....Y así regresé de mi viaje visionario.

Miré hacia el ocaso. Grandes nubes bermejas cubrían el horizonte. El sol, lentamente, iba hundiéndose en el mar.

FROILAN TURCIOS

Qu piano

LLANTOS

Que entristecen las tinieblas y complican los
(espantos,
que el errante bardo pone en la estrofa de sus
(cantos,
como lúgubres alhajas de sus rimas de cristal.
Así canta el instrumento la canción en que te
(abismas,
como pecho que han herido silenciosos aueu-
(rismas,
con el filo ponzoñoso de sus garras de metal.

COROS

De sirenas obsesoras, cuyos tímpanos sonoros,
cantan ritmos de Océano, que derrama acerbos
(cloros,
sobre el raso de su carne,—rosa blanca, rosa en
(flor,—

los azules subjetivos de los cielos de verano,
la expresión de los crepúsculos: eso dice tu piano
como lírica ave oscura de los parques de Alman-
(zor.

NOTAS

Que perturban el letargo de las tétricas mar-
(notas,
al partir para los climas y las márgenes remotas
del país ideal azul, del país de eterno Abril,
donde sueñan los poetas del amor, pupilas chinas
que ensangrientan corazones como oblicuas ja-
(balinas:
eso canta tu teclado cual poema de marfil.

LEOPOLDO LUGONES

El otro canto de baile

ACABO de mirarte á los ojos, vida; he visto relucir oro en tus ojos nocturnos, y esa voluptuosidad me ha paralizado el corazón: ¡he visto brillar una barca de oro en aguas nocturnas, una barquilla dorada que se hundía y reaparecía haciendo señas!

Tú dirigías una mirada hacia mis pies, locos por bailar; una mirada arrulladora, derretida, risueña é interrogadora.

Dos veces tan sólo agitaste con tus manecitas tus crótalos, y ya me bailaban ebrios los pies.

Los talones se empinaban; los dedos escuchaban para comprenderte—el bailarín ¿no lleva los oídos en los dedos de los pies?

Salté á tu encuentro; tú retrocediste ante mi impulso, y hacia mí serpenteaba tu voladora y fugitiva cabellera.

De un brinco me alejé de tí y de tus serpientes; tú te erguías ya, medio vuelta, con los ojos hinchidos de deseos.

Con torcidas miradas me enseñabas sendas tortuosas; por tortuosas sendas aprende astucias mi pie.

Te temo cuando estás cerca; te amo cuando estás lejos; tu huida me atrae; tus pesquisas me detienen. Sufro; pero, por tí, ¿qué no sufriría yo de buen grado!

¡Oh, tú, cuya trialdad enciende, cuyo odio seduce, cuya huida ata, cuyas burlas....conmueven!

¡Quién no te odiaría, gran atadora, arrolladora, seductora, escudriñadora y descubridora! ¡Quién no te amaría, inocente, impaciente, arrebatada pecadora de ojos infantiles!

¿Dónde me arrastras ahora indómito prodigio? ¡Y ya vuelves á huir de mí, dulce esquiva, dulce ingrata!

Bailando sigo tus menores huellas. ¿Dónde estás? ¡Dame la mano! ¡O aunque sólo sea un dedo!

Hay por ahí cavernas y espesuras; nos vamos á extraviar! ¡Alto! ¡Detente! ¿No ves revolotear buhos y murciélagos?

¡Eh, tú, buho! ¡Murciélago! ¿Quieres burlarte de mí? ¿Dónde estamos? De los perros has aprendido á aullar y gañir.

Graciosamente me enseñabas los blancos dientecitos; tus malvados ojos me asaeteaban al través de tus rizadas melenas.

¿Qué danza por montes y por valles! Yo soy el cazador; ¿quieres tú ser mi perro ó mi gamuza?

¡Ahora, á mi lado! ¡y vivo, endiablada saltarina! ¡Arriba ahora! ¡Y á la otra parte!—¡Mal haya! ¡Al saltar he caído yo!

¡Mira cómo estoy tendido aquí! ¡mira, altanera, cómo imploro tu gracia! yo quisiera seguir contigo.....sendas más agradables!—las sendas del amor al través de esmaltadas espesuras! ¡ó las que allá costean el lago, donde nadan y bailan dorados peces!

¿Estás rendida ahora? Allá abajo hay ovejas y arreboles vespertinos. ¿No es buena cosa dormir cuando tañen la flauta los pastores?

¿Tan rendida estás? Voy á llevarte allí; deja siquiera caer los brazos. ¿Y tienes sed?...Algo podría yo darte; pero tu boca no quiere beberlo.

¡Maldita serpiente ésta! ¡hechicera escurridiza! veloz y ágil. ¿En dónde te has metido? Pero en mi cara siento dos marcas de tu mano, dos manchas rojas!

¡Estoy harto de veras de seguirte siempre como cándido corderillo! Hechicera. para tí he cantado yo hasta ahora; ahora para mí debes tú....gritar!

¡Debes bailar y gritar al compás de mi látigo!

¡Pero no he olvidado el látigo?—¡No!

FEDERICO NIETZSCHE

César Borgia

(TRADUCCIÓN DE GUILLERMO VALBUENA)

De las sombras que sumen el vestibulo ausonio
donde el busto de Horacio y el busto de Petronio,

de perfil y abstraídos, sueñan en mármol
(blanco,—
la siniestra en la daga, con la diestra en el flanco,

y una dulce sonrisa que el mostacho realza,
del fiero duque César, la figura se alza.

El negro que en los ojos, cabello y ropas brilla,
contrasta, bajo el oro de una tarde amarilla,

con el pálido mate de una faz altanera
de tres cuartos pintada, y según la manera

de artistas españoles como de venecianos
cuando trazaban á los nobles y soberanos.

La nariz, recta y fina, palpita. Sopro duro
de su boca menuda y roja, sobre el muro

los damascos agita, y en lo bajo distante
perdida la mirada turbadora y errante,

cuál la cogieron tantas de las viejas pinturas
hormiguea en anhelos de enormes aventuras.....

La tersa y ancha frente que surco inmenso labra,
medita en ansias locas y en la brutal palabra

bajo la grácil gorra cuya pluma se mece,
sujeta al broche donde un rubí resplandece!

PAUL VERLAINE

Perfil de mujer

I

ELLA era así. Tenía el supremo poder de la belleza, que prosterna á porfía cuanto palpita en tí, naturaleza!

Desde el altivo trono de su soberbia de mujer hermosa, recibía, en irónico abandono, la ofrenda del mortal para la Diosa.

No era la de ella la belleza fatua de la mujer sin expresión y seca, de la mujer estatua ó la mujer muñeca.

Ella era carne viva y palpitante bajo la ansia intuitiva del deseo,—virginidad en flor, exuberante, para entreabrirse al sol del gineceo.

Sobre su frente pálida y extensa había irradiaciones de alboradas; y entre los rizos de su negra trenza, la atracción de las sombras encantadas.

Había en su pupila soñadora algo del llamamiento, algo del ruego; y en sus labios vibraba la sonora música de los ósculos de fuego.

Y había voluptuosas languideces en cada seno cándido y erecto, que convidaban á apurar las heces de lo sublime junto con lo abyecto.

Y las rítmicas curvas hechiceras de su cuerpo, en vaivén vago y profundo, ponían en sus mórbidas caderas el sagrado temblor de lo fecundo.

II

Cuando marchaba la gentil coqueta con su porte triunfal de soberana, estrangulaba el pálido poeta en la garganta el vítor y el hosanna!

III

Para aquella mujer todo era poco; ninguno digno de besar su huella.—

Y el trágico poeta, vuelto loco, la vió, la quiso y se mató por ella.

MARCIA: CABRERA GUERRA.

El sapo

Pobre sapo! Te insultan á porfía,
Porque tu piel verdosa no remeda
El brillo y la tersura de la seda,
Ni en tu cuerpo abultado hay-gallardía;

Porque no engañas á la luz del día
Siendo otro que en la noche; y la voz leda
No finges del zorzal que en la arboleda
Su canto entona lleno de armonía.

Te dicen vil, te llaman estropajo,
Y se creen almas nobles los que, ruines,
Se espantan de tu forma y tus colores.

Ah! No saben cuán grande es tu trabajo,
Que si sapos no hubiera en los jardines
Tampoco habría en los jardines flores!

RÓMULO E. DURÓN

Teorías literarias

EL SIMBOLISMO

Uno de los elementos del Arte es lo nuevo; elemento tan esencial, que casi constituye por sí mismo todo el Arte, y que sin él, el Arte se desploma.

Ahora bien: entre todas las teorías nuevas de que en estos últimos tiempos se ha hablado, sólo una parece nueva, y no nueva así como quiera, sino llena de novedad nunca vista y nunca oída: el simbolismo, que en el fondo es la Libertad y aun la Anarquía.

Si; Libertad en arte, cosa tan asombrosa, que durante muchos años no será comprendida. Todas las revoluciones que hasta hoy han triunfado en literatura se contentaron con cambiar las cadenas del cautivo, y generalmente con ponerle cadenas más pesadas que las anteriores. Pero esas cadenas sólo pueden ser toleradas por el vulgo estúpido, que después de tirar del carro clásico, tiró del carro romántico, del carro naturalista, del carro parnasiano, del carro psicológico y del carro neomístico.

Si se quiere saber cómo el simbolismo, cuyo sentido parece tan estrecho, es en realidad una cosa muy libre, no hay más que poner atención en lo que es el idealismo, pues el primero es un hijo del segundo.

Idealismo significa libre y personal desarrollo del individuo intelectual en la serie intelectual; el simbolismo puede y debe ser considerado como el libre y personalísimo desarrollo del individuo estético en la serie estética; los símbolos que el poeta imagine ó explique, serán imaginados ó explicados según la concepción del mundo morfológicamente posible para cada cerebro simbolizador.

De ahí nacerá un delicioso caos y un exquisito laberinto, entre el cual ya veo á los profesores desorientados pidiendo por favor el hilo de Ariadna, que nunca han de conseguir.

En cierto sentido, el simbolismo es un renacimiento de la sencillez y de la claridad; pero como á la vez pide grandes efectos á lo complejo, á lo oscuro, al "yo" de todas las ideas, nunca será un

verdadero neoclasicismo. Uno siempre es complicado para sí mismo; uno siempre es oscuro para sí mismo; las clasificaciones y las simplificaciones de la conciencia son obras del Genio; el arte personal—que es el único arte—es siempre incomprensible.

Cuando se hace comprensible, deja de ser arte para convertirse en un motivo de nuevas expresiones artísticas.

Esta manera de comprender el arte excluye á los artistas mediocres, que no tienen nada de eterno en sus individuos.

Prácticamente, es necesario que el simbolismo, arte libre, adquiera en la opinión general un respeto que hasta hoy se le ha negado; es necesario que el público tolere, junto á las formas conocidas, formas desconocidas; es necesario que no se arrojen fuera de los invernaderos literarios las plantas que nacen de semillas ignoradas. Pero al mismo tiempo es preciso no hacer ninguna concesión para conseguir el triunfo: los que deben mejorar para acercárenos son ellos, ellos, que ganarán cambiando; nosotros sigamos quietos.

REMY DE GOURMONT

Alba

Extiendo mis diamantes al oriente,
y envuelto los prístinos resplandores
del sol en un enjambre de colores
que arrojan las centelias de mi frente,

dijo el alba—en su carro refulgente;
y al recibir los haces brilladores
del Rey de las cascadas de fulgores,
se ocultó de las sombras en la fuente;

Bañada en los raudales de poesía,
al ósculo de amor del claro día,
descendió á los sepulcros del misterio;

Como mi ALBA, que al sol de mis querellas,
plegó su hermosa túnica de estrellas,
y fué mi corazón su cementerio.

JULIÁN LOPEZ PINEDA

Sinfonía

Oh, los días de Noviembre, mes de luto y de tristezas!

Pasa el viento por la sombra y va aullando sordamente; pasa el viento.

Se estremecen los que escuchan los ladridos lastimeros, los ladridos que da el viento; y, ante el luto de los cielos que decoran las estrellas, va pasando el viento negro y va aullando como un can enflaquecido, como un can enorme y negro, como un can leproso y triste que, en los pliegues de la noche, se quedara ante el silencio y que diera sus aullidos lastimeros, sus ladridos desolados, sobre el fúnebre silencio de las tumbas. Como un can estremecido, como un can que medita y que diera sus aullidos en la noche de la nada; en la noche silenciosa de la muerte, melancólico y terrible con su lira de bordones gigantescos, con su lira negra y bronca, con su lira de sollozos, pasa el viento.

Pasa el viento y va poniendo en las testas pensadoras, en las testas que meditan, va poniendo el beso frío de sus labios, de sus labios que son brasas.

Y las frentes se entristecen bajo el ósculo de nieve que ha dejado en sus cabellos al pasar el viento negro, negro y bronco. Es un beso polar, beso de escarchas, el que pone como un nimbo en las pálidas cabezas el viento. Tiene el beso de sus labios mucho frío: todo el frío que trajera de los polos, todo el frío que dejaron en su seno las caricias abrasadas de las cimas que se arropan bajo el manto de los hielos, bajo el manto blanco y frío de las nieves que se posan, como canas, en la testa de la tierra envejecida, de la tierra envejecida, negra y fría, triste y negra!

Y hay tristeza en ese beso, en ese beso que en su paso deja el viento. La tristeza de los seres que se han muerto, la tristeza de los pálidos viajeros que emprendieron, bajo el luto de los astros apagados, la jornada eterna y única, la jornada postrimera, la jornada que emprendemos solos, solos, á la playa interminable de la muerte. Tiene el beso de los labios abrasados que en las frentes pone el viento, mucho frío, y es muy triste. Es muy triste y es muy frío!

Me parece, cuando siento que va aullando el viento negro y me besa con sus labios y me cubre con sus ráfagas heladas, que en el beso que da el viento van besando las amadas que se han muerto; van besando, con un beso intermina-

ble, largo y triste, largo y frío, los ausentes que han marchado al mundo negro y que duermen en sus lechos, arropados con los lienzos de la tierra, de la tierra, que es la madre. Me parece en ese beso oír las frases de los idos, oír la música lejana de una orquesta interrumpida, de una orquesta en que vibraran los acordes extrahumanos de una música macabra, de una música inoída, que arrullara con sus ritmos, con sus ritmos desolados, el ensueño de quimeras en que vagan los que han muerto. Y por eso, cuando el viento me ha besado con sus labios, me he sentido triste, triste, hondamente entristecido, hondamente desolado, como si alguien en mi oído me dijera cosas tristes, cosas negras, y me hablara del silencio de las tumbas, del silencio de la noche,—de la noche eterna y fúnebre en que viven los que arropan con sus velos el misterio;—cual si el viento tenebroso, al besarme con sus labios, me trajera en ese beso, en el beso de sus hielos, el eterno, el negro beso de la muerte desolada, de la muerte caprichosa, que quisiera con sus besos desolados desflorar mis labios trémulos, que besados por el viento, con unción y con misterio cantan su única plegaria, su plegaria, que es el nombre tuyo, Amada!

¡Cómo suena plañidera la gran lira de los vientos! Cómo agita sus penachos el corcel embravecido en que monta, caballero del misterio, el cruzado de la muerte, el viento negro!

Y su beso desolado me ha dejado pensativo, y he pensado en el silencio de los muertos,—en la gran noche callada y la verde cabellera de los sauces que se duermen. Y he pensado en las tristezas, y he pensado en los amores;—y he sentido hondos pesares al soñar en la enlutada, cuyos labios inviolados, cuyos labios misteriosos, besarán mi frente pálida!

Y he pensado en tí, mi Amor!

¡Oh, los días de Noviembre, mes de luto y de tristezas!

Va pasando el viento negro, va rugiendo como un can enflaquecido, como un

can enorme y fiero, como un can leproso y triste que, ante el luto de los astros que se apagan, se quedara ante el silencio;—y que diera sus aullidos, sus aullidos lastimeros, sus aullidos desolados, sobre el lúgubre silencio de las tumbas.

Va pasando el viento negro!

AUGUSTO C. COELLO

La Magdalena de Rubens

¿POR qué eres sólo una sombra impalpable, unida por siempre al tejido de esa tela y cautiva detrás de una capa ligera de barniz? ¿Por qué eres el fantasma de la vida que no vive? ¿De qué te sirve ser hermosa, noble y grande, tener en los ojos la llama del amor humano ó divino, y sobre la cabeza la espléndida corona del arrepentimiento, si sólo eres un poco de aceite y de color, extendidos de cierto modo? Vuelve un poco hacia mí, adorada mía, esa mirada llorosa y brillante á la vez; ten piedad de un amor loco, pecadora. á quien el amor abrió las puertas del cielo.....Beja de tu cuadro, envuélvete en tu manto de satén verde, porque ya hace mucho que estás arrodillada ante el sublime despojo. Las santas mujeres guardarán el cuerpo sin tí, y bastarán para la fúnebre velada. Ven, Magdalena: no has debido derramar todo el perfume sobre los pies del divino Maestro. Debe quedarte aún bastante nardo y cinamomo en el fondo de tu vaso de ónix para dar brillo á tus cabellos manchados con la ceniza de la penitencia. Tendrás como antes hilos de perlas, pajes negros y cobertores de púrpura de Sidón. Ven, Magdalena: que aunque muerta hace mil años, tengo yo bastante fuego y bastante juventud para reanudar tus cenizas. ¡Que te tenga yo un minuto en mis brazos, espectro de belleza, y que muera luego!

TRÓFILO GAUTHIER

Última lumbre

(EN EL CAMPO)

Déjame oír tu pífanó sonoro,
rústico Labrador de la alquería,
mientras veo en la vaga lejanía
flotar un lampo de escarlata y oro.

Cantan los vientos en solemne coro
su vibrante, errabunda melodía,
y dice adiós al moribundo día
en la arboleda el pájaro canoro.

Píáceme ver la gloria del ocaso
cuando la noche, con doliente calma,
va desplegando su cenital de raso;

Cuando la última luz apenas arde
y llora en lo recóndito de mi alma
la profunda tristeza de la tarde!

FROILÁN TURCIOS

Adiós

ERAN las seis de la mañana. Una vaga neblina, como muralla gris de estaño y plomo, encapotaba la montaña y nos ocultaba el sendero, en ocasiones.

Seguíamos nuestra marcha mientras que lentamente se iban alejando los nubarrones tenebrosos.

Las brumas de la mañana, en vellones espirales, se desparramaban á lo lejos, se perseguían y revoloteaban como la humareda de un bosque incendiado.

Luego divisamos por encima de nuestras cabezas un jirón azul, y poco después el sol traspasó con uno de sus dardos de oro aquella confusa marejada de vapores.

¡Adorable destello del otoño que brillantó el zafiro pálido y el satén blanco de las colinas!

Los rebañíos acudían á las praderas, atraídos por el llamamiento monótono del pastor y retintín cascado de los cencerros.

En las pendientes tapizadas de hierba verde, los tulipanes de octubre despercebaban friolentos sus pétalos de gasa. En las hondonadas caía una llovizna tenue, y por el azul radiante cruzaban las ondas sonoras de los campanarios distantes, como si desde ellos emprendiera su impetuoso vuelo la alegría de la mañana.

Dentro de poco abandonaré este recinto de hadas que ya no profana el ojo vulgar de los turistas; esta montaña de mi niñez, donde, ya enfermo y agobiado por el dolor de vivir, encontré nuevas fuentes de vida y juventud.

¡Mirajes de reposo y de salud en un desierto de flores! ¿Volveré á veros?

Cuando vuestros abetos ostenten de nuevo sus pirámides frescas, y las aves hayan agotado el generoso festín de los frutos invernales, tal vez el acero ó la alevosa enfermedad me hayan privado de la luz.

Adiós! Nô me envidiéis, porque, como decía el poeta Ovidio á las fronteras extranjeras, sin vosotras, mis compañeras silenciosas, regreso á la ciudad

¡Si por lo menos pudiese llevar en mi alma algo de vuestro orgullo vigoroso, de vuestros alientos vírgenes y de vuestra desdeñosa y pacífica belleza!

LAURENT TAILHADE.

El hermano pintor

El padre Abad espía. Por la grieta que abre el muro rugoso del convento, ve en la celda un infolio amarillento donde hay una mayúscula incompleta.

Es la doliente y mística silueta de un extático monje macilento, de ojos llorosos y cabello al viento, y un nimbo en torno de su faz de asceta.

Con las manos unidas sobre el pecho, arrodillado junto al pobre lecho, el hermano pintor parece inerte....

Dijérase que el nimbo peregrino que trazaba en el viejo pergamino en su pálida sien traza la muerte.

RICARDO JAIMES FREYRE

NOTAS

Inserciones.—

La notable revista chilena *Pluma y Lápiz*, brillantemente dirigida por Cabrera Guerra, publica en los últimos números que nos han llegado, varios de nuestros trabajos, entre los que se halla—hermosa-

mente ilustrado y precedido de una honrosa nota—un fragmento de la parte II de *Almas trágicas*.

—*La Nueva Era*, de Morelia, México; *El Callao*, del Perú, v *El Alba*, de Nicaragua, insertan en sus columnas algunas prosas y versos nuestros.

Bibliografía.—

Con afectuosa dedicatoria hemos recibido *Al agua fuerte*, de Arturo Ambrogi.

—De Chihuahua, México, el señor G. Artalejo del Avellano nos remitió su poema intitulado *Historia de una paloma y un runseñor*.

Sociedad de Literatura Romana.—

Está á punto de constituirse en Francia la Sociedad de Literatura Romana, que tendrá por fin publicar textos raros é inéditos en lenguas romanas. Entre los textos cuya publicación se anuncia, figuran la *Tercera parte de la Silva de los varios romances* (Vollmoller) v la *Crónica rimada del Cid* (Heilighrodt, en castellano.

El soneto.—

La forma del soneto, no obstante ser maravillosamente bella y magnífica, es algo defectuosa, porque se asemeja á una figura con el busto muy largo y las piernas cortas.

En efecto, los dos tercetos no tan sólo son en realidad más cortos que los cuartetos, por el número de versos, sino que también lo parecen, por lo rápido y fluido del movimiento, comparado con la lentitud y majestad de los cuartetos.

El mejor artífice es el que sabe disimular más el defecto; el que reservando á los tercetos la imagen más preciosa y más visible, y las palabras más fuertes y más sonoras, obtiene que estas estrofas se engrandezcan y harmonicen con las superiores, sin que pierdan nada de su ligereza y rapidez esenciales.

Los pintores del Renacimiento sabían equilibrar una figura entera con el simple revoloteo de una cinta, de un lazo ó de un pliegue.

GABRIEL D'ANNUNZIO